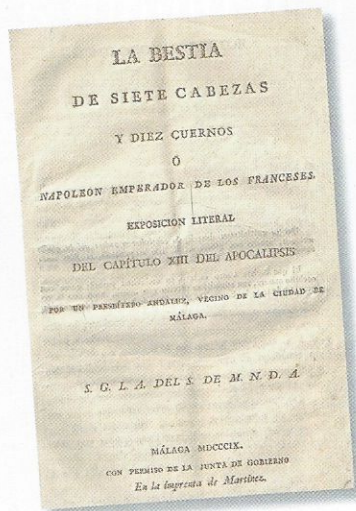




Fundación Dos de Mayo
Nación y Libertad



LA BESTIA.
Portada del
panfleto anónimo
de 1809 que
comparaba a
Napoleón con el
diablo.



LA IMAGEN DE NAPOLEÓN ENTRE LOS ESPAÑOLES EL ANTICRISTO

LAS GUERRAS SE GANAN CON LAS BATALLAS, pero también con la propaganda. El enérgico rechazo armado a la invasión napoleónica de España, cuyo grito de guerra puede considerarse el Dos de Mayo de 1808, tuvo también un rechazo escrito casi simultáneo que se fue fraguando a medida que avanzaba la contienda. Numerosos pasquines, panfletos, hojas volanderas, catecismos civiles, cartas y otros escritos afines se fueron diseminando por todos los lugares de la geografía, con el objetivo de menospreciar al enemigo y enardecer el espíritu de resistencia. En esta órbita debe inscribirse el opúsculo del que se trata en este artículo, una muestra más de esa propaganda

de guerra tan efectiva, casi con tanta o más fuerza que las mismas balas.

LAS INTENCIONES DEL EMPERADOR.

El 2 de diciembre de 1804, con la bendición del papa Pío VII, Napoleón Bonaparte se coronaba Emperador de los Franceses en la Catedral de Nôtre-Dame. Culminaba así una fase de ascenso político iniciada en 1799 y que le había llevado, tras la proclamación del 18 de Brumario de ese año, a ostentar los títulos de Cónsul, Primer Cónsul, Cónsul Vitalicio y, por último, Emperador.

Desde su acceso al poder quedaron claros sus propósitos: pacificar Francia, sumida en

un continuo desgaste desde los años de la Revolución; reconstruir las instituciones y la economía y dotar a los ciudadanos de medios legales que garantizaran los principios de libertad, igualdad y laicismo, todo ello bajo una férrea dictadura personalista que se mostraba en flagrante contradicción con los

presupuestos ideológicos que habían inspirado la revolución de 1789 y con los que, a la postre, se sentía identificado Napoleón.

Convertido en Emperador en 1804, el prestigio de Napoleón se había extendido por todas las naciones de Europa. La escena de la Coronación pintada por Jacques-Louis David, su pintor ➤➤➤

LAS CLAVES

EL PANFLETO. Un texto publicado en Andalucía comparaba a Napoleón con el demonio profetizado por el Apocalipsis.

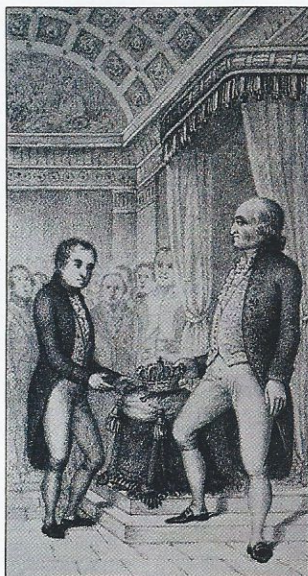
EL AUTOR. Un presbítero anónimo, cuyas iniciales no se han logrado descifrar.

EL ALCANCE. El opúsculo se enmarca en una corriente de literatura patriótica, que demoniza al invasor para justificar la resistencia armada.

JOSÉ GUADALAJARA, AUTOR DE *SIGNUM Y TESTAMENTVM*.

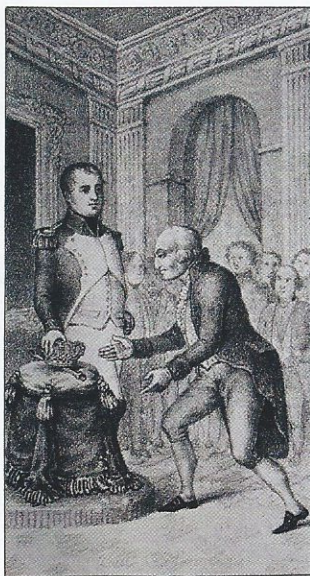
**A LOS PIES DEL
CONQUISTADOR.** La
imagen de Napoleón
en Madrid ofendía al
honor patrio de
muchos. Óleo de
Carle Vernet, Museo
de Versailles.





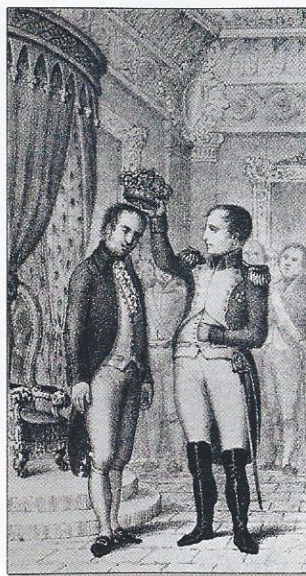
» de cámara, refleja todo el boato de una ceremonia colosal, donde la figura de Napoleón recuerda la antigua grandeza de los emperadores romanos.

Pero tornarse Emperador no significaba sólo estar en posesión de un título nobiliario con fines propagandísticos y de realce personal, sino, en cierta medida, la obligación que tal título llevaba aparejada, al menos desde sus



ambiciosos proyectos políticos: la unificación de Europa bajo el dominio de Francia.

Esta acción beligerante quedaba justificada ante la necesidad de imponer a todas las naciones una ideología inspirada en las ideas de la Revolución y que alejara definitivamente a los pueblos del anquilosamiento del Antiguo Régimen. De este modo, Napoleón envió



LA FARSA DE BAYONA. La secuencia de dibujos muestra la traición de Napoleón, que entrega la corona española a su hermano José.

a su poderoso ejército a combatir en todos los frentes.

Era evidente que la brutalidad de la guerra y la invasión de las naciones por las tropas francesas en busca de la consecución de ese ideal imperial provocaron el rechazo y el odio hacia lo francés y, sobre todo, hacia el artífice de tales planes expansionistas que trataban de anular las voluntades nacionales. Así, Napoleón, que había jugado su partida de dados sobre el tablero de España y que había obligado en Bayona a abdicar a los monarcas españoles, se convirtió para muchos en un enemigo capital cuando depositó en manos de su hermano José Bonaparte la corona e invadió el territorio nacional. Tan sólo le eximían de esta enconada enemistad los

EL FIN DE LOS TIEMPOS

Desde los primeros siglos del cristianismo, la figura del Anticristo se erigió en un mito trascendental de su escatología. Como oponente de Cristo, simboliza la síntesis completa del mal que habrá de conocer su pleno desarrollo en los últimos días del mundo. Por esta razón, su llegada habría de venir precedida por toda una serie de desórdenes sociales y circunstancias calamitosas, tales como guerras, hambres y epidemias. En este contexto, el Anticristo adquiriría su relieve más notable y se presentaba como el cierre definitivo de la Historia: los pecadores serían castigados con las penas del Infierno, en tanto que los justos hallarían su gratificación en el goce eterno del Paraíso. Como puede apreciarse, su aparición representaba la última prueba concebida por Dios para los hombres y no dejaba de ocultar una evidente intencionalidad moral.

Las características de este personaje ya quedaron trazadas por Ireneo de Lyon, autor cristiano del siglo II, que escribió una refutación de las herejías de su tiempo titulada *Adversus haereses*, en uno de cuyos capítulos se refiere por extenso al Anticristo. Sus señas de identidad hacen de él una figura antitética de Cristo y lo convierte en un personaje poderoso cuya acción, amparada por Satanás, será permitida por Dios durante los tres años y medio previos al fin del mundo.

El Anticristo, en efecto, reinará durante ese breve período de tiempo, en el que fingirá o simulará ser Dios. Sus extraordinarias cualidades dialécticas, su inteligencia superior y su poder de seducción le permitirán apropiarse de la voluntad de los seres humanos y del gobierno del mundo —recuérdese ahora, en este sentido, no sólo a Na-

poleón, sino, posteriormente, a Hitler.

Autores hubo, en este sentido, que a lo largo de los siglos se refirieron a sus cuatro poderes característicos, entre los que figuraban la generosidad para sus allegados, a los que colmará de títulos y riquezas; la realización de milagros y prodigios; la capacidad de persuasión, basada en su inteligencia y sabiduría, y, finalmente, su crueldad extrema con aquellos que se le opongan. Como ya aseguraba Ireneo, el Anticristo será apóstata, inicuo, homicida y ladrón; además, lo identifica con el número 666 (la misteriosa cifra que se recoge en el capítulo XIII del Apocalipsis de Juan) y que muchos comentaristas bíblicos de todos los tiempos —Beato de Liébana en el siglo VIII, por ejemplo— relacionan mediante gematria con algún nombre de persona concreto. Así, el citado Beato, fundamentado en

una tradición previa, identificó la cifra 666 con nombres como Evantas, Titán, Diclux o Antemo, entre otros. De este modo, también por gematria, es como operó en pleno siglo XIX el anónimo presbítero andaluz que asoció la cifra apocalíptica con el emperador de los franceses. Es evidente que Napoleón Bonaparte, con su sueño imperialista, su encarnación de las ideas de la Revolución francesa y sus ansias de poder, era un perfecto sujeto humano para encarnar en él, sobre todo desde una perspectiva tradicionalista y de rancia religiosidad, la suma absoluta del mal y convertirlo así en el mítico Anticristo de los últimos tiempos. Al fin y al cabo, esto mismo se había hecho ya en épocas del pasado con otros reyes o emperadores poderosos que sojuzgaron a los pueblos y pretendieron convertirse en árbitros de los destinos del mundo. ■

llamados afrancesados, que vieron en la caída de los borbones la posibilidad de llevar a cabo sus sueños de progreso inspirados en los ideales de la Ilustración. Para el resto de la población española, Napoleón era simplemente el enemigo.

En este contexto, la presencia en España del ejército francés provocó, ya antes del levantamiento del Dos de Mayo de 1808, un creciente malestar que se fue incrementando a medida que Napoleón, en contra de lo pactado en el Tratado de Fontainebleau (27 de octubre de 1807), se lanzó a una invasión abierta de España.

jamás haya visto. Era imposible distinguir una sola facción. La carne de sus labios y mejillas le colgaba en jirones; su nariz estaba abierta y creo que le habían cortado las orejas. Aparte de las heridas de la cabeza, había recibido otras por todo el cuerpo; era sorprendente que hubiera sido capaz de escapar en el estado en que se encontraba y tras perder tanta sangre.

Este desgraciado era incapaz de tragar alimentos sólidos, así que le dimos algo de vino caliente, y cuando revivió un poco por el calor del fuego, le enviamos al hospital de Villafranca; pero ima-

dos, si bien los franceses suscitaron los odios más encendidos, sobre todo desde que prendiera en Madrid la chispa de la revuelta del Dos de Mayo.

Pero los ingleses también cometieron mil tropelías, arrasando pueblos, apoderándose de los bienes ajenos, matando y violando a las mujeres, como hicieron, por ejemplo, a su paso por Bemibre, en donde las hordas desenfrenadas de borrachos ingleses devastaron sin piedad esta localidad leonesa. La guerra —liberación para unos, rapiña para otros— se revistió de todas sus crueldades características y de ello deja

LA DUREZA DE LA GUERRA.

El hambre, la desolación y la muerte cruzaron como una sombra sobre las tierras españolas. Los campos arrasados, los edificios derruidos, el exilio del patrimonio, las violaciones de los derechos humanos, entre otros desmanes y violencias, son aspectos demasiado conocidos de toda guerra que afloraron con toda su crueldad durante la Guerra de la Independencia. El pincel de Goya lo plasmó con realismo desgarrado en la serie de ochenta y dos estampas de los *Desastres de la Guerra*, pero el pintor aragonés no fue el único testigo que se refirió a ellos, ya que son numerosos los testimonios directos que, en memorias, cartas, diarios, proclamas y relaciones, han dejado constancia de los días terribles, cuyo recuerdo nos permite descubrir ahora la desolación de aquel período de seis años. En el *Diario*, por ejemplo, de un capitán inglés llamado Alexander Gordon, escrito entre 1808 y 1809, se recogen hechos sobrecogedores como este escalofriante relato sobre un herido de guerra: "... Presentaba el espectáculo más dantesco que

EL HAMBRE, LA DESOLACIÓN Y LA MUERTE CRUZARON COMO UNA SOMBRA SOBRE LAS TIERRAS ESPAÑOLAS Y DEJARON NUMEROSOS TESTIMONIOS GRÁFICOS Y ESCRITOS

gino que tenía pocas esperanzas de recuperarse. Además de sus heridas, es probable que sufriera congelación en sus miembros, pues era sobrecogedor ver la forma en que se acurrucaba junto al fuego y acercaba hacia sí las brasas con sus dedos. Se hacía entender con dificultad, pero nos enteramos por él que los civiles habían sido peor tratados, todavía, por el enemigo".

La violencia contra el pueblo español o sufrida por los combatientes no fue algo exclusivo de uno de los bandos en liza, sino que afectó por igual a to-

patética constancia la misma Orden de Murat dada ese 2 de mayo contra los insurrectos madrileños.

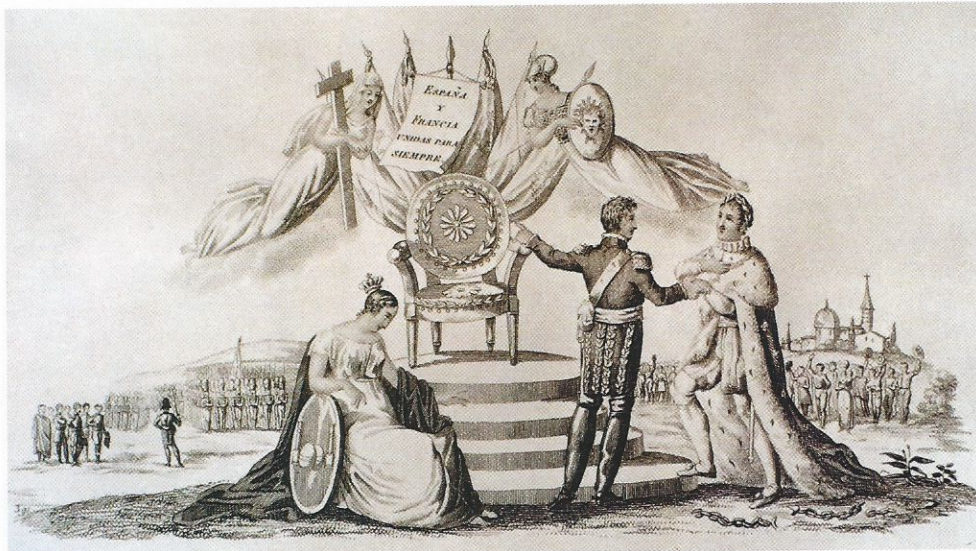
En todos sus artículos queda patente la instauración del estado de sitio y reflejado el clima de violencia en el que, a partir de entonces, iba a verse inmersa toda la nación. Baste la cita de dos artículos de esa Orden para comprobarlo:

"Art. IV: Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos y se disparará a fusilazos.

Art. V: Toda villa o aldea donde ➡➡

LA VISIÓN BRITÁNICA. James Gillray ridiculizó la ambición de Napoleón en sus caricaturas. Ésta de 1805 lo muestra con el premier británico Pitt.





» sea asesinado un francés será incendiada”.

Pero la respuesta a la violencia también tuvo réplica escrita en un curioso catecismo patriótico español, remedo de los célebres *Catéchismes politiques* con que los franceses pretendían instruir en la escuela elemental sobre los principios de la igualdad y la libertad propios de una sociedad nueva inspirada en la base ideológica de la Revolución Francesa. En este catecismo civil español, muy imitado en Europa –por ejemplo el *Katechismus der Deutschen*, de Heinrich von Kleist, para Alemania–, se buscaba hacer una ofensiva propagandística contra la invasión, que alentara el odio y

PROPAGANDA FRANCESA. Alegoría de la amistad entre España y Napoleón, al que se le ofrece el trono (Madrid, Museo Municipal).

ojos en la máxima representación del mal sobre la Tierra, es decir, en el Anticristo.

LA BESTIA DE SIETE CABEZAS.

Coincidió la publicación de este opúsculo con dos momentos diferentes en el desarrollo de la guerra, ya que, al ser editado por primera vez en la segunda mitad del año 1808 y vuelto a publicar al año siguiente, circuló entre la población en un momento de cierta euforia –la victoria del general Castaños en Bailén tuvo lugar el 19 de julio de 1808– y otro de una mayor ofensiva del ejército napoleónico.

A partir de 1809, las victorias y el avance en territorio español de las tro-

daluz, vecino de la ciudad de Málaga”. Debajo, en la misma portada del libro, unas siglas esconden una identidad que no he podido descifrar: S.G.L.A. DEL S. DE M.N.D.A. Ya al final, otras siglas cierran el escrito: O.S.C.S.E.C.A.R. Desconozco igualmente a qué pueden referirse. Lo que sí parece cierto es que el presbítero deseaba permanecer en el anonimato.

El opúsculo consta de tres partes: un prólogo al lector, una copia del capítulo XIII del Apocalipsis –se-

gún la traducción del padre Felipe Scío– y una exposición literal de este capítulo. El propósito del autor es demostrar que su contenido apunta directamente a Napoleón y que, por tanto, el emperador de los franceses es el Anticristo.

Una concepción similar es la que transmitía el citado catecismo civil, en el que Napoleón figuraba como un ente demoníaco o incluso como el mismo diablo, caracterizado con todos los vicios y depravaciones posibles. Evidentemente, la consecuencia propagandística de tales deformaciones debía de ser muy significativa y de un considerable efecto, sobre todo entre las masas populares impregnadas de una religiosidad tradicional y supersticiosa. Este ejemplo tomado del catecismo habla por sí solo:

“¿Quién es el

enemigo de nuestra felicidad?

–El Emperador de los Franceses.

–¿Y quién es este hombre?

–Un nuevo Señor infinitamente malo y codicioso, principio de todos los males, y fin de todos los bienes; es el compendio y depósito de todos los vicios y maldades.

–¿Cuántas naturalezas tiene?

–Dos, una diabólica y otra humana”.

El texto no deja lugar a dudas, pero no es el único, puesto que la propaganda antinapoleónica en forma de folletos, proclamas y hojas volanderas fue constante a lo largo de toda la confrontación. Así, en una curiosa carta atribuida a Lucifer, éste convierte a Napoleón

EL OPÚSCULO QUE COMPARA A NAPOLEÓN CON EL DIABLO COPIA EL CAPÍTULO XIII DEL APOCALIPSIS PARA PROBAR QUE SU CONTENIDO APUNTA DIRECTAMENTE AL EMPERADOR

la resistencia armada contra Napoleón y los franceses. Redactado en forma de preguntas y respuestas, pretendía aleccionar sobre el verdadero sentido de la religión, la patria y el Rey, dentro de una visión reaccionaria y nacionalista. Así, por ejemplo, era justificada la violencia contra el enemigo:

“–¿Será pecado matar a los franceses?

–No señor, antes bien merece mucho si con esto se libra a la Patria de sus insultos, robos y engaños”.

La muerte se había instalado definitivamente en el suelo de España. En este ambiente fue donde un anónimo presbítero andaluz compuso un opúsculo, en el que Napoleón se convertía a sus

pas francesas caracterizan esta segunda fase de la Guerra de la Independencia. Málaga, en concreto, ciudad en la que fue editado este opúsculo, se rindió el 5 de febrero de 1810. Tres días después, el Ayuntamiento malagueño juraba fidelidad al rey José I, a la Constitución y a las leyes.

En este ambiente, un anónimo presbítero de la ciudad, con permiso de la Junta de Gobierno y en la imprenta de Francisco Martínez de Aguilar, publicaba un folleto de 31 páginas con un título muy curioso: *La bestia de siete cabezas y diez cuernos o Napoleón Emperador de los franceses*. Lo firmaba del siguiente modo: “por un presbítero an-

en su acólito más aventajado, lo que da idea de hasta qué extremos de fabulación podía llegar la propaganda de guerra contra el enemigo.

“El mayor golpe os tenía preparado [habla Lucifer]. Dios (cuyos juicios no puedo yo comprender) me dexó conocer en Napoleón un hombre tan a propósito para imprimir en él mis astucias, que desde el principio de su existencia dudé si Caín y Nembrot, Nabucodonosor y Holofernes, los diez Emperadores que persiguieron el cristianismo, y todos los tiranos de la tierra,

si juntos todos, y recopilados todos sus vicios, podrían componer un Napoleón y sus maldades. De tan perverso hombre me valgo para el trastorno de todas las Naciones cultas. Dios me permite obrar en él, y por él consigo mi maldito proyecto”.

La identificación de Napoleón con el diablo, al menos en la propaganda, estaba muy extendida en estos años, por lo que no resulta extraño que el anónimo presbítero se refiriera con toda seriedad al emperador de los franceses como la bestia de las siete cabezas, o

Anticristo, y tratara de demostrarlo con todo el poder de su argumentación, basada en la libre interpretación del capítulo XIII del Apocalipsis.

Y es que no solo él, sino otros muchos autores anónimos de estos años trataron de difundir una imagen idéntica al caracterizar a Napoleón con los atributos del demonio o del Anticristo. No me sorprende, por tanto, lo que se afirma en una breve relación propagandística titulada *Bonaparciana* y que fue escrita en este tiempo: “¿Piensas, bárbaro, destruir la Religión en Espa- ➤

SIETE CABEZAS Y DIEZ CUERNOS

1. Y vi salir de la mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemia.

2. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como pies de oso, y su boca como boca de león. Y le dio el Dragón su poder y grande fiereza.

3. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte: y fue curada su herida mortal. Y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia.

4. Y adoraron al Dragón que dio poder a la bestia: y adoraron a la bestia, diciendo: ¿quién hay semejante a la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con ella?

5. Y le fue dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias: y le fue dado poder de hacer aquello quarenta y dos meses.

6. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre y su tabernáculo, y a los que moran en el Cielo.

7. Y le fue dado que hiciese guerra a los Santos, y que los venciese. Y le fue dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación.

8. Y le adoraron todos los moradores de la tierra: aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, que fue muerto desde el principio del mundo.

9. Si alguno tiene oreja, oiga.

10. El que hiciere a otro esclavo en esclavitud parará: quien con cuchillo matare, con cuchillo es preciso que muera. Aquí está la paciencia y la fe de los Santos.

11. Y vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el Dragón.

12. Y ejercía todo el poder de la primera bestia en su presencia: e hizo que la tierra y sus mo-

cender del cielo a la tierra a la vista de los hombres.

14. Y engañó a los moradores de la tierra con los prodigios, que se le permitieron hacer delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra, que hagan la

bestia: y que haga que sean muertos todos aquellos que no adoraren la figura de la bestia.

16. Y a todos los hombres pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos hará tener una señal en su mano derecha o en sus frentes.

17. Y que ninguno pueda comprar o vender sino aquel que tiene la señal o nombre de la bestia, o el número de su nombre.

18. Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia calcule el número de la bestia: porque es número de hombre: y el número de ella seiscientos sesenta y seis.

Copia del capítulo XIII del Apocalipsis, según la traducción del Ilmo. y Rmo. Padre Felipe Scio de S. Miguel, Obispo de Segovia. Scio realizó la traducción de la Biblia al castellano por orden de Carlos III dada en 1780. Se publicó entre 1790 y 1793 en varios tomos, en edición muy cuidada y al alcance de pocos. La traducción, muy fiel a la Vulgata, la hizo en colaboración con Benito Feliú de San Pedro, escolapio como él. Iba acompañada de notas explicativas, ya que la Iglesia de entonces prohibía publicar la Biblia sin este debido acompañamiento. Escribió algunos libros más sobre pedagogía, materia que le preocupó a Scio, debido sobre todo a su condición de docente, labor que desempeñó en Madrid y Getafe durante varios años. Murió en Valencia en 1796, pocos meses después de haber sido nombrado obispo de Segovia. ■



REPRESENTACIÓN MEDIEVAL DEL DIABLO. La bestia de siete cabezas y diez cuernos, según la versión del *Beato de Liébana*.

radores adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fue curada.

13. E hizo grandes maravillas, de manera que aún fuego hacía des-

figura de la bestia, que tiene la herida de espada y vivió.

15. Y le fue dado que comunicase espíritu a la figura de la bestia, y que hable la figura de la

»ña? No lo conseguirás, no. Por más que hayas hecho alianza con Satanás, aunque se junten a tus ejércitos miliones de espíritus infernales”.

Tampoco faltaron composiciones en verso para caracterizar a Napoleón con rasgos demoníacos. Un poema editado en Málaga, en la misma imprenta de Francisco Martínez de Aguilar, un tal “R.P. Mtro Ruiz, de la Merced”, retrataba al Emperador con una simbología extraída del capítulo XIII del Apocalipsis. Esta coincidencia de imprenta, año

otoño de ese mismo año, pues una referencia en el texto nos permite deducir que hubo de redactarlo después de junio y, probablemente, antes de la entrada de Napoleón en España. Sin embargo, ese lamento aparece teñido a su vez de una alegre esperanza que el autor ve corroborada por dos evidencias: una de carácter bíblico y profético; otra, fundamentada en apreciaciones más realistas, derivada del estado de la guerra en esos momentos.

Con respecto a la primera, cree que,

rias de Napoleón habían sufrido un notable retroceso en estos meses, tal como expresa con toda claridad por medio de las siguientes palabras: “... Desde entonces vemos que van sufriendo derrotas en todas las provincias de España y Portugal, sus fuerzas terrestres y marítimas se aniquilan por momentos, y sus ciegos aliados van siendo partícipes de sus propios males”. Tanto fue así que Napoleón en persona se vio impelido a acudir a España al frente de la *Grande Armée* a principios de octubre de

1808. Dos meses más tarde, Madrid caía bajo su poder.

A pesar de las expectativas tan favorables del presbítero

PARA EL AUTOR DEL PANFLETO, COMO NAPOLEÓN ERA EL ANTICRISTO, LOS AFRANCESADOS LLEVABAN “EL CARÁCTER ABOMINABLE DE LA BESTIA”, ERAN ESPAÑOLES DEGENERADOS

y concepción me hace sospechar si tal vez el autor de este poema y el “anónimo presbítero andaluz” del opúsculo se habían puesto de acuerdo para, de distinto modo, ofrecer la misma imagen de Napoleón en sus escritos. Cabe pensar incluso que pudiera tratarse de la misma persona.

En ese mismo año de 1808, se reimprimió en Sevilla un anónimo *Manifiesto a los franceses*, en el que Napoleón, si no como imagen del diablo, aparecía retratado con todas las características de un tirano, “la quinta esencia de la ferocidad de la Córcega”, más ambicioso que Alejandro Magno, quien, a su lado, hubiera sido tan solo “un grano de mostaza”, más cruel y vil que Nerón o Calígula, en fin, un verdadero “monstruo de la naturaleza”.

En este ambiente de propaganda y de guerra, *La bestia de siete cabezas y diez cuernos o Napoleón emperador de los franceses* adquiere unos contornos más precisos y fácilmente identificables. Sólo cabe preguntarse: ¿qué debía este opúsculo anónimo a la propaganda de guerra y qué a una convicción personal sobre la idea de que Napoleón era el Anticristo predicho en el Apocalipsis?

“DESGRACIADO TIEMPO EL NUESTRO”.

Este lamento nos llega con toda su amargura desde las páginas del opúsculo. Su autor debió de dejarlo escrito quizá en el verano de 1808 o, todo lo más, en el

como el reinado del Anticristo ha de durar tres años y medio, así el de Napoleón ha de prolongarse tan solo por este mismo período de tiempo profetizado en el Apocalipsis. Resulta, pues, que, como Napoleón había sido coronado emperador el 2 de diciembre de 1804, los tres años y medio ya habían concluido en el tiempo en el que escribía el autor, es decir, pasado el mes de junio de 1808.

La segunda evidencia que le confirma en esta suposición es que las victo-

andaluz respecto al fin de la guerra, lo cierto es que ésta se prolongaría aún hasta 1814. Lo curioso es que, tras este retroceso experimentado por las fuerzas anglo-españolas a partir de la llegada de Napoleón, en la reimpresión que en 1809 se hizo de este opúsculo no se corrigieran estos datos.

El editor debió de lanzarse por su cuenta a imprimir de nuevo el folleto, movido más por un afán patriótico que por una consideración de dudosa fiabilidad profética. El mismo autor, que parece absolutamente convencido de que Napoleón es el Anticristo, deja traslucir un atisbo de duda en las páginas finales del opúsculo: “Desgraciado tiempo el nuestro, en que hemos visto un tirano, que si no fue el anunciado por S. Juan en este capítulo, le parece tanto que se equivocará siempre con su verdadero original. Pero si Napoleón fuere el monstruo figurado en esta bestia marina, felices nosotros los Españoles que hemos venido a conocerle quando está ya cumplido el término de su poder”.

Para el término de ese poder aún faltaban algunos años. Fue, sin embargo, el tradicional método de exégesis bíblica el que le reportó las predicciones sobre el futuro de Napoleón. Consistía aquél en ir extrayendo de cada versículo las explicaciones oportunas que, al margen del sentido literal, se adentraban en una interpretación anagógica del



CONSECUENCIAS DE LA INVASIÓN. Los panfletos culpaban a Napoleón del hambre y la miseria que trajo la guerra.

texto bíblico. El método le permitió hacer concordar cada pasaje del capítulo XIII del Apocalipsis con aspectos biográficos, acontecimientos y actitudes de Napoleón, sin importarle forzar su sentido para hacerlo coincidir con aquello con lo que se deseaba que coincidiera.

Naturalmente, el mismo carácter críptico del Apocalipsis le facilitaba esta labor, lo mismo que se la facilitó en otro tiempo a otros muchos comentaristas de este libro de la Biblia.

De esta manera, el autor obtuvo lo que buscaba. Ya en el primer versículo, que se refiere a la bestia que sale del

mar, hace concordar este hecho con el nacimiento de Napoleón en la isla de Córcega, situada en el mar Tirreno. Luego pone en relación el simbolismo de las siete cabezas y diez cuernos con las conquistas territoriales de Napoleón en el continente: la cabeza principal de la bestia, que posee cuatro cuernos, representaría su dominio sobre Francia, Italia, Génova y Venecia, mientras que las otras seis cabezas simbolizarían a aquellas naciones sobre las que el Emperador ejercía su influencia a través de los familiares situados al frente de estos reinos: Holanda, Westfalia, Baviera, Nápoles, Portugal y España.

TALLEYRAND, EMBAJADOR DEL MAL.

A lo largo de todo el opúsculo se sigue repitiendo este procedimiento interpretativo con el que el presbítero va estrechando el cerco en torno a Napoleón. Es curioso, por ejemplo, el análisis que hace del versículo 11, referido a la bestia de la tierra y sus dos cuernos, a la que identifica con el obispo Talleyrand, que fue ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón y que propició su entronización como Emperador, algo que, en opinión del comentarista, ya se encuentra profetizado en el versículo 12 y que



EL GRAN MANIPULADOR teje redes como una araña, se toca con un cuervo y se alza sobre una pila de muertos.

parece encajar a la medida con este hecho: "... e hizo que la tierra y sus moradores adorasen a la primera bestia".

Singular en este sentido es también la correspondencia que establece entre una parte del versículo 14 y la elaboración del Código Civil o Código Napoleón (promulgado el 21 de marzo de 1804) y que, a

los ojos de una mentalidad reaccionaria —como, sin duda, lo era la suya—, constituía un hecho aberrante que acababa de un plumazo con toda la legisla-

ción del Antiguo Régimen. De esta manera, las palabras de este versículo, en el que se alu-

de a la segunda bestia que obliga a todos los habitantes de la tierra a que hagan la "figura" de la bestia primera, las interpreta como una referencia a la creación de dicho Código, al que considera una imagen o "figura" de la ideología del propio Napoleón, con lo cual dota a ese versículo de una proyección profética que encaja perfectamente con su interpretación. Su ironía en esta parte del opúsculo es evidente y trasluce a las claras el pensamiento del presbítero:

"Como si diera a los Franceses: debemos abolir nuestra antigua legislación, que es sumamente repugnante a la libertad humana y a la dignidad del pueblo: conviene que formemos otra más compatible con los derechos de una naturaleza racional y libre, y más conforme al grande genio, o altos designios del regenerador del mundo. Así se dio principio a la formación del código Napoleón, al que con toda propiedad se puede llamar imagen y figura de la bestia".

No cabe dudar de la habilidad del procedimiento, llevado hasta sus últimas consecuencias a lo largo de todo el opúsculo. Pero aún falta el remate final.

Será en las últimas páginas en donde relacione la célebre cifra apocalíptica, es decir, el 666, con Napoleón, lo que

viene a constituir para el autor la prueba definitiva de que aquél era sin duda el Anticristo. Para ello, hace como otros muchos exegetas que, a lo largo de la Historia, trataron de interpretar lo que se ocultaba en ese enigmático número. Así, valiéndose de la gematria —supuesta analogía entre los números y las letras— y forzando el nombre del Emperador para asociarlo con una etimología de origen griego, logrará hacer coincidir todas las letras de este nombre con una serie de números cuya suma será 666. Ésta es su interpretación:

Ó=70; N=50; A=1; P=80; P=80; O=70;
L=30; E=5; I=10; O=70; ?=200

Total= 666

Confirmado que Napoleón es el Anticristo profetizado desde hace siglos en el Apocalipsis, el autor exhorta en la parte final del opúsculo a todos los españoles para que se opongan con todas sus fuerzas a la impiedad e irreligión, a la vez que deplora a aquellos afrancesados que llevan sobre sí "el carácter abominable de la bestia", a los que considera "españoles degenerados".

Sus últimas palabras son un canto heroico y triunfal dirigido a la resistencia: "Así conseguiremos que acelere Dios el castigo de la bestia y la ruina de su imperio; que cante pronto España la deseada victoria, su libertad e independencia, y celebre los triunfos del Cordero divino...".

A doscientos años de la publicación de este opúsculo, todo este conjunto de interpretaciones proféticas nos hace sonreír y se antoja pueril. Evidentemente, Napoleón no era el Anticristo y nadie encarnará jamás esta figura mítica de la escatología cristiana. Lo único cierto de este empeño es que contribuyó a que muchos de los hombres que se vieron envueltos en aquella guerra sanguinaria miraran aún con mayor animadversión la invasión de unas tropas extranjeras a cuya cabeza se encontraba el ambicioso emperador de los franceses. ■



ESDAILE, CH., J., *España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*, Barcelona, Edhasa, 2006.

FRASER, R., *La maldita guerra de España: Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.

GUADALAJARA, J., *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1996.

WOLF, S., *La Europa napoleónica*, Barcelona, Crítica, 1992.